

# Subjetividad y dimensión social del daño<sup>1</sup>



Francisco Leal\*

**H**a sido una experiencia muy particular leer este libro para comentarlo. Porque es un libro que, por su título y su tema, nos hace esperar páginas difíciles, dolorosas, complejas. Y sí, es un tema difícil, se trata de situaciones dolorosas, se nos acerca a personas y familias cuyas vivencias y cuya historia han sido marcadas por la injusticia, por el miedo, por la perplejidad de lo inexplicable, de lo siniestro, de lo incomprensible. Paradójicamente, la lectura se hace fácil, fluida, comprensible, cercana, egosintónica. Nos abre una realidad que no nos resulta ajena, que reconocemos paulatinamente en nuestra vida cotidiana a pesar de que, en principio, la experiencia parece tan distinta.

Cuatro equipos de intervención e investigación en el apoyo a víctimas de la represión política nos presentan cada uno la sistematización de su experiencia con lo que se ha dado en llamar el "daño transgeneracional": el efecto del terrorismo de Estado en países de nuestra Suramérica en los descendientes de las víctimas -sus hijas, hijos, nietas, nietos- quienes

tal vez no sufrieron las experiencias traumáticas directas, pero han estado expuestos permanentemente a sus efectos de maneras más o menos visibles, pero absolutamente inevitables.

El respeto y la prolijidad metodológica con que se ha abordado el proceso de investigación resulta evidente, y no se abundará en ello ahora. Asimismo, el aprecio por el lector se manifiesta en la cuidadosa y fluida redacción, lo que, tratándose de un tema que puede resultar tan complejo como escabroso, se agradece profundamente.

## La respuesta colectiva frente al daño

¿Qué nos presentan estos cuatro equipos, qué elementos se cruzan en sus trabajos y aparecen como principales en una lectura global?

Un primer elemento corresponde a la certidumbre, manifestada permanentemente a lo largo de cada trabajo, de que los procesos vividos por las víctimas y sus descendientes no son procesos individuales, ni siquiera sólo procesos familiares. No

se puede tratar el daño como una herida localizada que necesita un tratamiento adecuado para sanar, ni siquiera como un trauma psicológico que puede ser abordado y enfrentado directamente. Se trata de un proceso relacional, en que, además de los daños específicos que efectivamente sufren las personas, lo que resulta dañado es el sistema de relaciones en el conjunto de la sociedad.

Esto se manifiesta al menos de dos formas. Una, al hacerse evidente a través de las investigaciones que el daño más profundo no resulta de la experiencia misma, sino de la respuesta societal a esta experiencia. Es la descalificación y desconfirmación resultante de la perplejidad de tener la certidumbre de haber sido víctima, de ser portador o depositario de una carga específica, y recibir una respuesta social anodina o abiertamente negadora, la que cronifica el daño. Nos guste o no, es nuestra respuesta colectiva, nuestra actitud y reacción como sociedad, de la cual cada uno de nosotros forma parte, la que produce el efecto más profundo y duradero en la subjetividad de las víctimas.

Una segunda forma que se hace también evidente, tiene que ver con el hecho de que, cualquiera que sea

<sup>1</sup> El texto corresponde a la presentación del libro "Daño transgeneracional: Consecuencias de la represión política en el Cono Sur" que el autor realizó el 3 de septiembre de 2009 en Iquique. Título y subtítulos son de los editores.

\*Psicólogo, docente de la Carrera de Psicología de la U. de Tarapacá, sede Iquique

la respuesta social, ello tiene como resultado la configuración de ciertos modos de ver, ciertos modos de significar, ciertos modos de relacionarse con las personas y con los sucesos, que se instalan en la subjetividad social. Negar, ignorar, descalificar, tergiversar, distorsionar, reconocer, elaborar, asumir, rebelarse, cualquiera sea la actitud colectiva frente al fenómeno de la represión política, esa actitud conlleva ciertos modos de subjetivación, de significación colectiva, que se entronizan en el colectivo de una manera u otra, y se instalan en su funcionamiento más allá de los sucesos mismos.

Esta doble vinculación del fenómeno de la represión política con la construcción social de la subjetividad: por una parte, la instalación de cierta subjetividad en las víctimas a partir del hecho mismo y de la respuesta social al hecho, y por otra, la instalación de cierta subjetividad colectiva a partir del modo de relacionarse de la comunidad con las víctimas y con el hecho mismo de la represión, es lo que constituye a la represión política en un verdadero acto de terrorismo.

Otro elemento que cruza los trabajos es el secreto y el ocultamiento, la distorsión en sus distintas formas -incluyendo trivialización y banalización- como eje de construcción identitario. Tanto las familias afectadas como el entorno estructuran subjetividad e identidad en torno a un núcleo no "metabolizado" -al decir de los autores- sobre el que no se puede actuar porque sobre él no se puede hablar, no se puede pensar, y, en última instancia, no se puede semantizar, escapando incluso a la posibilidad de simbolización. De este modo, se desprende de todos los trabajos que el malestar percibido

resulta separado, desconectado de su origen, del modo en que se produjo. Entonces, queda abierto el camino a las explicaciones alternativas, entre las que se encuentra una de las más recurridas en el espacio colectivo, la de poner el malestar en la incapacidad de los propios afectados: la privatización del daño.

Un tercer elemento recurrente es la incertidumbre interminable, expresada al máximo en el caso de los desaparecimientos por la indefinida prolongación de la espera, pero presente de una u otra manera en todas las formas de represión. La incertidumbre que aliena e impide la concreción de un proyecto propio, pues no se puede construir un proyecto sobre pura incertidumbre.

Uno de los equipos de investigación incorporó en su trabajo a un grupo de participantes que no tenían relación con víctimas. Es decir, personas que podrían considerarse parte del "entorno". Resulta ilustrativo que jóvenes sin "relación directa" con los sucesos, separados incluso temporalmente de los mismos, reconocen estos elementos como parte de sus experiencias y del desarrollo de sus actuales disposiciones.

Queda claro entonces, como uno de los equipos señala, que lo más significativo de estos trabajos es "*poder eludir las «lógicas de captura» inherentes a los distintos planos de producción de subjetividad, que «territorializan» y circunscriben a determinados ámbitos (la familia, los grupos de afectados) las expresiones del daño, escondiendo, invisibilizando, su dimensión colectiva. Estas disociaciones, además de vaciar de sentido los vínculos políticos, trabajan a favor de los procesos de producción de «victimización» en los que fueron afectados y del desconocimiento y la elusión de*

*la responsabilidad social de los que aparentemente no lo fueron. Por eso, tan lesivas como el terror de Estado, han sido las políticas de silencio, de olvido y de des-memoria que, unidas a la impunidad, la sociedad padeció a partir de la etapa post dictatorial"* (p.427).

Por eso es tan relevante este libro. Porque, además de alumbrar sobre los modos de malestar presentes en quienes han sido víctimas directas o indirectas y sobre los eventuales apoyos que pudiera ofrecérseles, ponen de relieve la dimensión colectiva del daño: la construcción de una "subjetividad sujeta" -al decir también de uno de los equipos- en nuestras sociedades.

Pero no sólo por esto, por esta dimensión social del daño en la que todos estamos involucrados, es que decía al comenzar que el texto se hacía familiar. Es también porque los mismos elementos destacados por los equipos al reconocer el daño intergeneracional y los modos en que se produce más allá de la transmisión por los propios afectados, los reconocemos presentes en nuestra cultura cotidiana.

### Banalización de la cultura cotidiana

¿Cuántas formas de distorsión y ocultamiento, cuánta trivialización y banalización, cuánta incertidumbre, nos rodean día a día? El tiempo acelerado; la sobrecarga de trabajo; el consumismo; los medios de comunicación que trivializan la realidad y sacralizan la banalidad: ¿cuántas de las "noticias" de los informativos son verdaderamente noticias?, ¿les parece que la muerte de Elisa<sup>1</sup> o el alza de los pescados y mariscos en Semana Santa o la proporción entre carne y

cebolla en el pino de las empanadas para las fiestas patrias merezcan 10, 15 o más minutos del noticiario central?; la espectacularización de la cotidianeidad: los "reality show" que cunden, el morboso empeño de los periodistas por mostrar una y otra vez, "en el preciso momento en que ocurren", sucesos de tan diversa magnitud y significación como una tragedia carretera o el robo en una casa particular cualquiera, en una casa particular cualquiera, donde se entrevista al dueño y la dueña de casa, a los hijos, a la nana, a los vecinos y a quien pase por el lugar en ese momento; la votación de una ley en el parlamento o los resultados de una encuesta sobre hábitos de consumo, todo con una misma -y por tanto plana- espectacularidad; la inestabilidad laboral, la de los precios de algunos productos esenciales, ¿no espera que le cuenten si la bencina va a subir o bajar esta semana, incluso aunque no tenga automóvil?; el clima de victimización e inseguridad que se nos transmite, que nos hace pensar dos veces antes de salir de nuestras casas; los increíbles eufemismos con que nos referimos a las cosas y los sucesos en vez de llamarlos por su nombre: recuerdo el libro de la Dra. Cordero "Jurel tipo salmón"<sup>2</sup> o la moda de hace unos años de llamar "eventos" a los hoyos de las calles, sólo por proponer algunos ejemplos "casi" inocentes; y así podríamos seguir enumerando formas a través de las cuales la cotidianeidad se nos presenta incierta, distorsionada, trivializada, banalizada, espectacularizada, mediada, mediatizada, ocultada. Y, coexistiendo con esto y

quizás posiblemente facilitado por esto, la permanencia de impunidad, la falta de reparación, la represión a manifestaciones legítimas, la falta de formas de participación real, y así suma y sigue...

del Cono Sur. Aunque desarrollado en función de un grupo específico, las "víctimas de segunda generación" del terrorismo de Estado, el planteamiento de este trabajo nos cuestiona el abordaje en general de



*Memorial de Chalcén (detalle)*

¿Qué resulta de todo esto? ¿Qué subjetividad es posible construir en este contexto? Y, lo que es más cercano a los equipos autores de este libro, a nosotros como trabajadores de salud mental ¿cómo se construye salud mental en este contexto, cómo se vincula con estas condiciones de producción?

Creo que éste es uno de los aportes más significativos de este libro: llamar la atención sobre las condiciones de producción de la salud mental, tema que no es nuevo, pero que ha sido poco abordado en su dimensión concreta, práctica, particularmente en nuestros países

la salud mental, cuestionamiento que no podemos seguir eludiendo.

Por eso, termino agradeciendo a los autores por la mirada profunda y reveladora que han dado al problema. Por lo que ello aporta a las y los afectados, a la comprensión de los procesos de "metabolización" individual, familiar y social de las consecuencias de la represión y a sus dificultades, pero, sobre todo, por lo que aporta para revelar y relevar la importancia de las condiciones sociales de producción de la salud mental.

Finalmente, debo agradecer a CINTRAS el honor y el privilegio que me han conferido al invitarme a ser de los primeros en leer y comentar este valioso libro. ■

<sup>2</sup> Evento ficticio ocurrido en una teleseñal emitida por TVN.

<sup>3</sup> Cordero, M. (1999). *Jurel tipo salmón. Mapa de la extrema locura chilena*. Santiago: Grijalbo.